



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año 1 | Número 2 | Octubre 2020

Por un nuevo pacto educativo nacional

Victoria Morales Gorleri¹

vmoralesg@hcdn.gob.ar

¹ Profesora de Educación Especial. Actualmente, es Diputada Nacional por la coalición Juntos por el Cambio. Desde 2015 hasta 2019 trabajó en el área de Responsabilidad Social del Ministerio de Salud y Desarrollo Social de la Nación como Subsecretaria y Directora Nacional. Además, fue coordinadora de programas sociales y educativos en la Vicaría Episcopal de Educación del Arzobispado de Buenos Aires.

Francisco nos interpela este año a reconstruir, repensar y reimaginar un Pacto Educativo que nos permita crear una “aldea educativa”. Este desafío se da en una situación de emergencia, preexistente a la crisis originada por la pandemia, pero agravada por esta. Nuestro sistema educativo no está logrando dar sentido a la vida de nuestros jóvenes, no está pudiendo responder a sus inquietudes, incertidumbres y a sus ansias de aprender.



La estructura actual de la escuela, de nuestro sistema educativo, no está acompañando a los estudiantes de una manera integral y no los desafía en su búsqueda de conocimiento ni de sentido. No sólo estamos fallando en darles las respuestas, sino que tampoco estamos pudiendo acompañarlos en sus preguntas.

La educación se ha centrado en la transmisión de saberes prácticos y herramientas orientada a preparar a los alumnos para el mundo laboral. Una labor importantísima, pero carente de profundidad y sentido si no se trabaja con los chicos de manera integral contemplando todas las dimensiones del hombre. Esta transmisión sin una mirada integral, sin buscar trabajar el sentido de las cosas, no es suficiente. No puede serlo, ya que no prepara a nuestros chicos para vivir su vida con plenitud, con sentido. No los prepara para la construcción de un proyecto de vida que requiere de herramientas profundas y llenas de sentido para superar adversidades que, en nuestro país, son cada vez más crecientes, ni les permite la posibilidad de aportar esto a su comunidad, a nuestra comunidad.

Esta falta de sentido se refleja en nuestra realidad diaria, en donde la escuela dejó de ser la promesa de un futuro mejor, ya que sus padres o incluso sus abuelos no lo lograron. Para ellos, la escuela no promete cambiar su realidad ni la de sus familias.

Muestra de eso es que la mitad de nuestros chicos en el nivel medio tienen trayectorias educativas discontinuas, presentando elevados índices de repitencia y abandono, lo cual se ve reflejado en la tasa de egreso efectivo, que apenas representa el 50% interanualmente en nuestros jóvenes. Este es un desafío histórico de nuestro país, agravado por los contextos actuales, donde el 10% de las familias declararon que los chicos matriculados este año no volverían a la escuela cuando se reanudaran las clases, una vez levantado el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio.

Además, se estima que casi el 60% de nuestros niños y jóvenes viven actualmente en situaciones de pobreza. Esta es una dura y dolorosa realidad que no podemos desconocer ni desconectarla de nuestro sistema educativo. Debemos preguntarnos, ¿por qué no eligen la escuela como ese salvavidas que les dará la oportunidad de superar la pobreza, de encontrar en los vínculos pedagógicos y sociales los brazos tendidos para acompañarlos como sociedad en la superación de dificultades, adquisición de saberes y de valores comunes que les permitirán superar individual y colectivamente esta tragedia social que estamos viviendo todos?

Creo que el primer desafío que tenemos para revertir esta situación y empezar a trabajar en pos de un nuevo pacto educativo es definir al sujeto de la educación, definir cuáles son las dimensiones del hombre que integran a nuestros jóvenes. Un desafío que conlleva ver la realidad de nuestros jóvenes y sus familias, juzgar qué herramientas nos permitirán acompañar y acompasar sus inquietudes para, finalmente, actuar implementando las políticas públicas necesarias. T

Tenemos que buscar que nuestro sistema educativo integre a la persona como un todo, con sus distintas dimensiones: física, social/emocional, mental y espiritual. Y esto se tiene que reflejar no sólo en la currícula, sino en todas las estrategias del sistema, en todos sus actores y en estrategias de acuerdos sociales y comunitarios que trasciendan las paredes escolares. Es decir, las familias, los alumnos, los docentes, escuelas, gremios, organizaciones sociales, iglesias y Estado. Cada uno con sus respectivas personalidades, historias de vida, experiencias e ideologías, pero con la imperiosa necesidad

de lograr acuerdos para trabajar juntos en pos del bien común, en pos de nuestros jóvenes.

Una estrategia concreta y urgente es la de lograr que nuestros jóvenes no abandonen la escuela. Debemos prevenir y salir a buscar para incluir y sostenerlos en la escuela. Es por esto que presenté hace un tiempo un proyecto de ley para evitar las trayectorias educativas discontinuas en nuestros jóvenes. Lo estamos trabajando en la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la Nación, de la que soy su Vicepresidenta. Estamos dando un debate con las distintas fuerzas políticas que también habían pensado en ideas similares. Nos estamos uniendo en un objetivo común, sin mezquindades partidarias. Esta ley plantea mirar integralmente a los chicos, formar equipos interdisciplinarios nacionales y jurisdiccionales que trabajen dentro y fuera de la escuela. Propone, además, trabajar en conjunto Educación y Desarrollo Social, convoca a otros actores sociales a trabajar en red, capacitando en problemáticas específicas de cada población escolar y sus entornos, mirando y acompañando situaciones socio emocionales complejas, dando herramientas necesarias a docentes y equipos de conducción, trabajar y fortalecer la alianza escuela familia, etc.

Esta ley propone un camino en lo urgente, pero no resuelve el problema mientras no decidamos sacarle el polvo y el olor a viejo al sistema educativo de manera más profunda. Debemos trabajar en conjunto y repensar a la educación para desarrollar de manera armónica las condiciones intelectuales, morales, espirituales, artísticas, físicas, etcétera, de nuestros chicos, con el fin de que puedan ir encontrando un sentido y, así, elaborar sus propios proyectos de vida. Para esto, es imprescindible valorar el lugar central que ocupan las familias, primer y principal centro educativo de nuestros niños. Sin embargo, los últimos años, el tejido social y familiar se ha visto vulnerado, principalmente por cuestiones de pobreza producidas por el movimiento cíclico de crisis económicas que suelen afectar a nuestro país.

El siguiente desafío será la recomposición del tejido social, fortaleciendo a las familias, promoviendo mejoras sostenibles en sus condiciones socioeconómicas a través del empleo y que vuelvan a tener ese espacio de

encuentro familiar debilitado e incentivando su participación dentro de la comunidad educativa. Nuestros docentes se encuentran realizando una tarea heroica, pero no podemos ni debemos dejarlos solos. Revalorizar al maestro, su labor y su rol dentro de nuestra sociedad tiene que ser uno de nuestros principales objetivos. No existe mayor motor de cambio que la educación, por ello hay que renovar la esperanza en nuestros estudiantes, en sus familias, en nuestros docentes y en la escuela como institución.

Esta esperanza me recuerda al Cardenal Bergoglio, quien nos planteaba a los educadores argentinos a Educar en una Esperanza Terca. La esperanza de un educador no es una espera quieta, es salir a primerear, es tener la esperanza en movimiento, es salir a la búsqueda del otro. Hoy esta esperanza nos llama a construir esta aldea educativa, este nuevo pacto educativo nacional. Este llamado nos invita a ser audaces y creativos para comenzar a transitar juntos este nuevo camino, un camino de esperanza que permita pensar en un plan innovador, integral y contextualizado que ejerza una mirada particular sobre el sujeto de la educación que se encuentra en contextos desfavorables, promoviendo la resiliencia individual y de la comunidad educativa que tiendan a generar procesos de aprendizaje y enseñanza en condiciones de equidad y calidad.

Así pues, podríamos concluir en la necesidad de responder a este llamado, invitando a la sociedad toda a constituir una aldea educativa pasible de repensar e implementar un nuevo pacto educativo que nos permita abordar de manera integral los desafíos que venimos resolviendo con parches, pero que requieren la audacia de lo nuevo, profundo, bueno y sostenible para la educación argentina. La escuela sigue siendo nuestro mayor logro, la esperanza de nuestros jóvenes y de nuestro pueblo. La educación es el camino.